

EL GRUPO TUMACO-TOLITA A TRAVÉS DE LA COLECCIÓN DE TORREDEMBARRA

Carmen Fauria
Universidad de Barcelona

Introducción

Hace poco más de un año, el Ayuntamiento de Torredembarra (Tarragona) adquirió una colección de piezas prehispánicas con la intención de iniciar un museo original, que no se limitara a la consabida suma de herramientas locales que configuran en exclusiva tantos de nuestros museos comarcales. Con un esfuerzo un poco incomprendido, ha contribuido eficazmente a la revalorización de un patrimonio cultural que no debería sernos ajeno, y ha hecho posible que una serie de pequeñas esculturas de barro cocido reencuentren de alguna manera el sentido para el que fueron elaborados alrededor de un millar de años atrás.

El grupo más representado dentro de esta colección es el de Tumaco-Tolita del que vamos a hablar en sus diferentes aspectos a partir de una selección de piezas-tipo.

Antes de la llegada de los españoles, el espacio geográfico de los Andes constituía un mundo de gran personalidad, ocupado por una civilización rica y compleja que otorgaba unidad al conjunto de sus pueblos, a pesar de las características específicas que eran propias de cada uno de ellos.

Desde 1524, cuando Pizarro desembarcó por primera vez en las costas sudamericanas del Pacífico, empezó la destrucción sistemática de aquella civilización, que ha podido sobrevivir sólo de manera muy difícil y parcial, especialmente entre las comunidades indígenas. Estas comunidades todavía conservan algunos rasgos culturales de origen prehispánico, como la lengua, algunas creencias religiosas antiguas —la mayoría de las veces camufladas bajo el cristianismo o mezcladas con él—, diseños decorativos, técnicas locales, etc. De alguna manera,

la especial concepción del mundo desarrollada por los pueblos prehispánicos se encuentra todavía entre los hombres que pueblan las alturas andinas, entre aquellos que, cada vez en más menguado número ocupan las llanas selvas orientales, y también entre los reducidos grupos costeros. Todos ellos mantienen un sentido de la vida comunitaria muy arraigado, una profunda religiosidad y un apego sin límites a la tierra. Son hombres que, como sus antepasados, desarrollan grupos casi autosuficientes, aunque ahora reducidos y cerrados, muchas veces hostiles, tal vez como última forma de resistencia y de conservación de su propia identidad.

Debemos evitar observar las manufacturas prehispánicas que han llegado hasta nosotros como obras artísticas o artesanales aisladas de su contexto histórico, porque las privaríamos de su auténtico sentido; tampoco debemos negarles sus vinculaciones con la actualidad, como si la imposición europea en América hubiera desposeído este continente, de manera absoluta, de sus más profundas raíces. La cultura andina, a pesar de las múltiples trabas de toda índole, bebe todavía hoy de un pasado que fue creativo, original y poderoso. Tener en cuenta este punto permite un acercamiento más auténtico a aquel «otro mundo» que encontraron los primeros españoles al llegar a tierras americanas.

Concepto de América Andina. Particularidades

Llamamos área andina al extenso territorio dominado por la cordillera de los Andes. Suele dividirse en tres zonas geográficas bien definidas: la septentrional, que abarca parte de Venezuela, Colombia y Ecuador. La central, ocupada por el actual Perú. Y la meridional, en la que se hallan Bolivia, (altiplano), Chile y parte de Argentina.

Es imprescindible tener en cuenta que la división política actual reponde a hechos acaecidos durante los años de ocupación colonial y, por esta razón, muchas de las áreas donde se desarrollaron los grupos prehispánicos no coinciden con las fronteras actuales. Podemos hablar de culturas ecuatorianas o colombianas, pero siempre de manera relativa, únicamente para tener un punto de referencia.

La colección de Torredembarra ofrece un buen ejemplo de ello. El grupo Tumaco-Tolita corresponde al mismo tiempo a la costa sur de Colombia (departamento de Nariño) y a la costa norte del Ecuador (provincia de Esmeraldas). Este hecho ha contribuido en buena parte a mantener el desconocimiento sobre su cultura, que se ha trabajado habitualmente de manera parcial. Durante muchos años, la frontera ecuatoriana-colombiana ha condicionado duramente su estudio, que hasta hace poco siempre se había realizado a partir de premisas —inconscientes o no— derivadas de nacionalismos desligados por completo de la distribución territorial anterior a la llegada de los españoles. Afortunadamente los programas de investigación más recientes han tenido una clara conciencia de la primitiva unidad de esta zona y, bajo este concepto, se han llevado a cabo trabajos por parte de instituciones ecuatorianas, colombianas y francesas, cuyos resultados todavía no han sido publicados en su totalidad.

Si consideramos el medio natural, que determina en gran manera la personalidad de sus habitantes y la forma como se organizan, podemos afirmar que los Andes constituyen una de las zonas más difíciles del mundo para la adaptación humana. Quienes poblaron aquellas tierras debieron superar graves dificultades ambientales, que varían de características, aunque no de intensidad, en prácticamente todos los niveles ecológicos. Tanto las partes desérticas de la costa, como las frías de las tierras altas, o la intrincada vegetación del oriente selvático, constituyen problemas que precisan soluciones concretas, sólo alcanzables tras largos años de experiencias. La forma como afrontan los grupos prehispánicos estos problemas y las soluciones aportadas a cada situación, constituyen algunos de los rasgos más interesantes de la civilización andina.

Las características geográficas en las que se desarrolló el grupo Tumaco-Tolita fueron determinantes para su evolución, y también influyeron las correspondientes a las áreas adyacentes, ya que la interrelación entre las diferentes regiones fue una constante en la historia anterior a la llegada de los españoles.

Tumaco-Tolita: localización y fuentes de estudio

Este grupo ocupaba la región costera situada, más o menos, entre Iscuandé, al norte, y la actual población de Atacames al sur. Se introducía hacia el interior en poblados ubicados a lo largo de los ríos, siguiendo las rutas naturales de comunicación con la sierra. Entre Atacames y Muisne se encontraba una región intermedia, con influencias estilísticas e ideológicas de Tumaco-Tolita y de Jama-Coaque, y con manifestaciones locales identificadas como estilo Tiaone.

Acualmente, Tumaco es el nombre de un puerto importante del departamento de Nariño. La Tolita, diminutivo de la palabra Tola, es una pequeña isla situada frente a la desembocadura del río Santiago, en la provincia de Esmeraldas.

Aparte de los investigadores actuales —Francisco Valdés, J.M Bouchard—, un gran número de arqueólogos, geógrafos, científicos, viajeros, políticos, evangelizadores y cronistas han tratado directa o indirectamente en sus trabajos de las características de este territorio.

A principios de este siglo, estudiosos tan clásicos como Saville (1907) y Uhle (1927), constataron que este grupo presentaba rasgos particulares muy interesantes. El primero señaló la afinidad entre los estilos Tumaco y Tolita, tantas veces estudiados por separado debido a su situación a ambos lados de una frontera, mientras que el segundo se mostró impactado ante las evidentes vinculaciones de esta zona con mesoamérica, y la utilizó ampliamente para demostrar su teoría de la procedencia maya de las culturas andinas.

De los siglos anteriores tenemos información gracias a los escritos de distintos viajeros, como el francés Henry Onofroy de Thoron, que describe detalladamente su paso por Tumaco y La Tola en el año 1861. Por testimonios de frailes doctrineros como Fray Juan de Santa Gertrudis, que catequizó la población de la zona en el siglo XVIII, o Miguel Cabello Balboa, pacificador y evangelizador

de la primera etapa, cuando a finales del siglo XVI los españoles todavía no habían conseguido el dominio de esta provincia.

Científicos como el francés Charles Marie de La Condamine, que viajó a Quito desde la costa siguiendo el curso del río Esmeraldas (1736), y los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), contribuyeron sobre todo al conocimiento de las posibilidades económicas y de las características ecológicas de aquella región.

Por último, gracias a los cronistas de la conquista, que mencionan la zona especialmente durante las primeras campañas, cuando ésta constituía un paso obligado hacia el Tahuantinsuyo. Hablan con detalle del tipo de viviendas, de los vestidos, de las armas y, de manera especial, de joyas de oro y esmeraldas. Aunque la gente de Tumaco-Tolita era anterior a los habitantes que encontraron los primeros españoles, los restos arqueológicos indican la permanencia de algunos rasgos culturales, como la forma de las casas, las técnicas de construcción o el tipo de indumentaria.

Características del desarrollo regional

De una manera global se considera que la etapa del Desarrollo Regional en los Andes Septentrionales abarca el milenio que va desde el 500 a. J. hasta el 500 después de Cristo. Esta época se caracterizó por el impulso individual que tomaron las diferentes regiones andinas y por la eclosión de una serie de grupos de gran personalidad que, en la mayoría de ocasiones, conocemos sólo de manera parcial, generalmente a través de manifestaciones artísticas o tecnológicas muy concretas.

En la costa central andina, casi desértica, se consiguieron avances muy importantes en el campo de la ingeniería hidráulica. Además, la necesidad de ampliar el espacio para viviendas y cultivos, provocada por el aumento demográfico que siguió al perfeccionamiento de las técnicas agrícolas de finales del Formativo, se tradujo entonces en una intensificación de los choques armados con los grupos vecinos. Por esta razón, la sociedad evolucionó hacia unas estructuras que dependían cada vez más del poder militar, aunque mantuvo algunos rasgos propios de la etapa anterior, en especial a nivel iconográfico y religioso.

El área septentrional presenta notables diferencias respecto a la central, en gran parte debidas a las condiciones ambientales. Mientras que en la costa central era preciso luchar constantemente contra la extrema sequía para asegurar la producción agrícola, y con los grupos vecinos para monopolizar el agua o ampliar el territorio, la naturaleza es de una generosidad extraordinaria en las costas del norte. Onofroy de Thoron, en el siglo pasado, describía la facilidad con que los habitantes de aquella región podían obtener entonces alimentos de su entorno:

«Los ribereños que tienen como vehículo una canoa o una piragua, se transportan rápidamente de un sitio a otro, para cosechar sobre cualquier punto de la playa los productos que sin ningún trabajo obtienen con un poco de semilla de arroz echada por aquí por allá, al vuelo sobre el limo del río, o para cortar la caña de azúcar, cuyos canutos plantaron algunos meses antes y que dan anualmente sus retoños sin necesidad de arado ni de bina». (Onofroy de Thoron, [1861]: 1985, pg.).

Según refiere el mismo autor, conseguir especies animales comestibles tampoco debió constituir un esfuerzo muy grande, por lo que podemos suponer que las necesidades básicas estaban cubiertas de una manera relativamente fácil:

«Cerca de estos ríos los mantenimientos son abundantes: el indio tiene pescado exquisito a la puerta de su casa, así como tortugas y ostras en muchos lugares. Tras de su habitación se ven pasar por manadas numerosas los puercos salvajes, cuya especie más común es el pecaré de talla baja y de color negro. Su carne es excelente y así es exportada y vendida con el nombre de sainete o saíno, que significa buena comida, carne delicada. Se encuentran asimismo variedades de jabalí, tales como el varé. Entre los monos comen el gran mono negro, muy apreciado a pesar de que su vista basta para causar disgusto en el europeo; la ardilla tiene una muy buena carne. El armadillo tatú, pequeño animal cubierto de escamas y que tiene una cabeza de puerco, es un bocado excelente; la iguana, especie de lagarto, es buscada por su carne y sus huevos son una delicia; no diría lo mismo de la carne de tigre, que los habitantes prefieren aún más que la del puerco... Los árboles de la selva están poblados por variedades de pavos, pichones, tórtolas y otros volátiles de la familia de las gallináceas, así como de otras especies animales de cacería. En fin, los ríos y los lagos son, como en Europa, frecuentados por numerosos pájaros acuáticos». (Onofroy de Thoron, [1861]: 1985, pg. 80-81).

Esta relativa tranquilidad con que podía afrontar el mantenimiento del grupo hizo innecesaria la imposición de un cambio radical en los patrones del Formativo, al mismo tiempo que permitía orientar la creatividad de sus miembros por otros caminos. En parte por ello, en la costa septentrional andina sobrevivieron las sociedades teocráticas y la tradición de los centros cultistas, al lado de fenómenos nuevos, más propios de la etapa clásica andina, tales como la potenciación de las características específicas del grupo, el perfeccionamiento de diferentes técnicas, o la introducción de productos ajenos a la zona como elementos fundamentales de la vida cotidiana o religiosa, hecho que implicaba un mecanismo de intercambio más evolucionado, capaz de asegurar una continuidad de los contactos.

Los centros cultistas actuaron como aglutinantes de los sentimientos religiosos, pero siempre de forma paralela a las conveniencias de tipo económico. Las costas de Tumaco-Tolita constituían en aquella época un enclave geográfico privilegiado, ya que estaban situadas en un punto que era prácticamente de paso forzoso durante las navegaciones que seguían el litoral y porque desembocaban allí numerosos ríos, que eran las rutas naturales de comunicación entre la costa y la sierra. Estas especiales características geográficas seguramente fueron fundamentales para asegurar su ascenso, que se iniciaría bajo auspicios de carácter comercial.

Medio geográfico

Esta zona pertenece a la llamada llanura del Pacífico; es plana y con vegetación selvática. Forma parte del «cinturón de mangle», espacio híbrido entre el mar y la tierra en las áreas tropicales y húmedas de los mares cálidos, que tiene unos cinco km de ancho por término medio. Colindante con ella hay una región de bos-

que frondoso y húmedo, que llega hasta el pie de la cordillera (Rojas de Perdomo: 1985, pg. 292-293).

El invierno, de diciembre a mayo, es la estación del año más calurosa y con más lluvias, con un índice de humedad elevadísimo. En cambio, los meses correspondientes al verano son los que gozan de las temperaturas más agradables.

Esta clase de clima, juntamente con la disposición de la costa, cruzada de canales y manglares, y la existencia de una capa freática a no más de un metro de profundidad en algunos lugares (Arte Ecuatoriano, vol I: 1976, pg. 111), han provocado la pérdida de los colores y de los acabados originales en la mayoría de los objetos arqueológicos, que, casi siempre, presentan las superficies con signos de gran erosión.

A estos datos hay que añadir el progresivo hundimiento de la costa, de gran repercusión en la arqueología:

«Evidentemente, esta costa poco a poco se hunde el el mar y es difícil calcular cuánto ha desaparecido de ella en los siglos de nuestra era... Se puede calcular que poblaciones como la de La Tolita, cerca de Limones, en siglos pasados habían estado al menos dos metros a mayor altura que ahora... Lo mismo vale decir para la población antigua de Atacames. Si hubo cementerios antiguos, éstos están ya sumergidos bajo el mar cualquiera que sea el estado de la marea.

El mar destruye continuamente los barrancos que enfrentan las playas, distribuyendo los restos antiguos que contenían por toda la superficie de la playa. Hace irrupciones el mar en la costa, destruyendo extensos terrenos, a veces reedifica partes de la costa. En este caso se encuentran visibles en línea de los barrancos capas estratificadas, con alternaciones de varios metros de espesor en que éstos faltan... Los ríos, que en la estación de invierno suelen andar más altos destruyen en sus orillas poco a poco los restos de paraderos antiguos». (Uhle: 1927, pg. 14).

Estas características han contribuido en gran manera a la desaparición de lugares fundamentales para el estudio y comprensión de la cultura Tumaco-Tolita; posiblemente a un mismo nivel de importancia podríamos situar la labor destructiva de los huaqueros, principales buscadores y comerciantes de arte prehispánico, que venden indistintamente en su propio país o en el exterior.

Los bosques de la zona tienen árboles de clases muy diversas, desde chontas durísimas hasta maderas finas. Juan Pío Montúfar elevó un informe al rey de España cuando era presidente de la Real Audiencia de Quito en 1754, en el que precisaba que «hay las mismas maderas que en aquellos montes (del Guayas) y, por no frecuentados, son las (maderas) de Esmeraldas más hermosas y abundantes, hasta poderse dedicar a la construcción de las mayores naos». Otros productos abundantes son «la cera, el copal, el bálsamo, la brea, el achiote, la vainilla, el añil y el tabaco, sobresaliendo por su calidad el cacao» (Estupiñán: 1977, pg. 83).

Junto a las desembocaduras de los ríos crecen los mangles (*Rhizophora mangle* L.), un tipo de árbol que «depende del agua salada y de un suelo rico en limo, en el cual aferra sus raíces a manera de zancos de grandes dimensiones y de apariencia tentacular, que le permiten sustentarse sobre los sedimentos movedosos» (Arte Ecuatoriano, vol. I: 1976, pg. 100).

La fauna, tanto marítima como terrestre, presenta una enorme variedad de especies. Aparte de su papel fundamental en relación con la alimentación, fue también importante dentro de las creencias religiosas, al encarnar con frecuencia a los ancestros de los diferentes clanes de la región. Por todo ello se encuentra muy bien representada en la producción cerámica de la mayoría de los grupos prehispánicos.

En Tumaco-Tolita se puede distinguir entre los animales considerados como divinidades o con entidad mágico-ritual —como el felino, el águila y la serpiente—, que ocupan lugares preponderantes dentro de este grupo, y aquellos que los alfareros representaron únicamente a manera de testimonio de su entorno natural.

Organización social

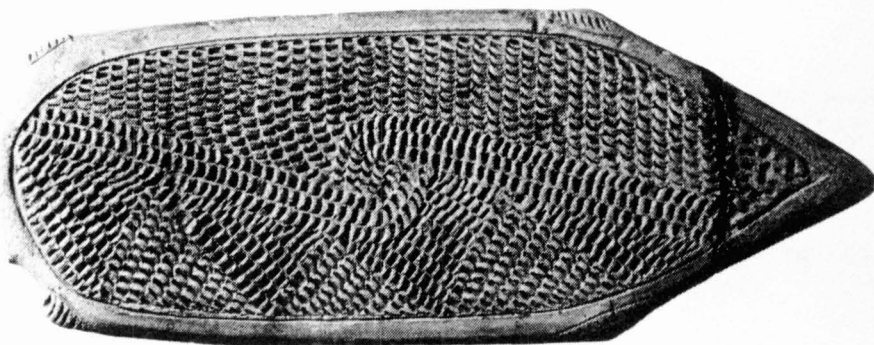
El grupo Tumaco-Tolita constituía una sociedad de clases muy diferenciadas, en la cual el poder se encontraba en manos de sacerdotes-guerreros. A su lado, numerosos artesanos trabajaban en los más diversos oficios, entre los cuales ocupaban lugares de privilegio los ceramistas, los tejedores y los orfebres, que representaban plásticamente en sus obras la vida cotidiana y el mundo espiritual del grupo. Algunos aspectos de su labor contribuían a hacer más accesibles a la mayoría de la población las teorías socio-religiosas que imponían los dirigentes. Las relaciones entre sacerdotes y artesanos eran muy estrechas, y las producciones de estos últimos estaban sujetas a la rígidas limitaciones que imponía el culto para todo aquello que se relacionara con la religión. En los demás aspectos, su libertad creativa fue muy grande, y existe una buena muestra de lo que constituyó la vida cotidiana de estos hombres y cuál fue el entorno donde se movieron.

Los agricultores y pescadores aseguraban la supervivencia del grupo, con todas las ventajas que ofrecía la riqueza natural de su territorio. Su trabajo debió ser rutinario, fijado a unos conocimientos agrícolas elementales, sin innovaciones notables respecto a la tradición formativa.

Es interesante señalar que usaron el tabaco, puede que por primera vez en la zona andina. Su aparición justamente en este grupo podría estar ligada a los contactos con mesoamérica, donde su uso era muy extendido.

La yuca pasó a ocupar un importante papel como alimento básico. Los rayadores de yuca, elaborados en barro cocido y con excisiones profundas de bordes cortantes, o con pequeñas piedras filudas ocupando la superficie central, se convirtieron en utensilios domésticos muy extendidos. (Fot. 1).

El relativo bienestar material de esta cultura, unido a la abundancia de metales preciosos en la zona, influyó positivamente en el desarrollo de las artes suntuarias, bastante más acusado aquí que en otras zonas andinas. Fueron excelentes orfebres, que perfeccionaron técnicas ya utilizadas anteriormente, e introdujeron otras nuevas. Destaca por su originalidad y por las dificultades que comporta, el uso del platino en joyería. Este metal se combinaba con oro, lográndose un efecto de vivacidad muy peculiar a través del empleo de distintas tonalidades en una misma pieza. El grupo Tumaco-Tolita fue uno de los primeros del mundo en utili-



1. Rayador de yuca. (Fotografías: Joan Rius).

zar este material cuyo elevado grado de fundición exige avanzados conocimientos técnicos, que ellos no poseían. Los orfebres idearon una combinación de oro fundido mezclada con polvo de platino, que permitía ser trabajada cómodamente mientras estaba caliente. Esta mezcla se martilleaba, para convertirla en una plancha delgada que podía someterse sin problemas a las diferentes técnicas en uso. A pesar de esta solución tan ingeniosa, el uso del platino seguía siendo conflictivo, de manera que los encontramos siempre en pequeñas proporciones al lado del oro, la plata y el cobre, que se usaron mayoritariamente y en una gran diversidad de aleaciones. Los resultados de sus trabajos de orfebrería son muy perfectos técnicamente y se hallan siempre al servicio de diseños de elevada calidad.

También dedicaron enormes esfuerzos a las comunicaciones. Está muy claro que mantenían contactos con mesoamérica, hasta donde aportaron sus conocimientos metalúrgicos. Esto permite suponer la existencia de una navegación costera bastante desarrollada. El interrogante sobre las posibilidades reales de transporte marítimo voluntario y a largas distancias se plantea en la costa correspondiente al Ecuador actual ya desde el Formativo, cuando parece muy probable que la cultura Chorrera mantuviera contactos con Ocós (Guatemala); la capacidad marinera alcanzará su máximo desarrollo durante el período de Integración. Entonces, el grupo manteño-huancavilca basará su economía en mantener un comercio estable con el área andina y con zonas concretas de mesoamérica, comercio que se llevará a cabo en gran parte por vía marítima.

De manera menos definida parece que también mantuvieron contactos con zonas de los Andes Centrales, como Moche, donde se han encontrado figurillas metálicas Tumaco-Tolita o, en todo caso, con una influencia muy notable de este estilo. Completa la hipótesis de contactos el uso, por parte de los Mochica, de la concha spondylus como ofrenda funeraria y también como material de joyería. Esta concha, empezó a ser considerada de gran valor —a nivel religioso, como

ofrenda, o a nivel material, como elemento de intercambio muy apreciado— ya desde la segunda mitad del Formativo. El grupo Chorrera potenció su expansión hacia la Sierra (Narrío) y de allí hacia la región central andina (Chavín). Su habitat natural se halla en las aguas cálidas de la costa ecuatoriana, y no se la encuentra más al sur de Manabí.¹ Por ello, el uso de la spondylus en cualquier otra parte del área andina puede presuponer un contacto con su lugar de origen. Aunque no podemos asegurar que este contacto haya sido directo, sí es evidente que ambos grupos tuvieron algún tipo de relación, tal vez a través de terceros.

Este hecho es de gran interés, ya que pone de manifiesto la continuidad de relaciones entre los diversos grupos que, no solamente llegan a producirse de manera fortuita en un momento dado de su desarrollo histórico, sino que crean tradiciones, mantenidas a lo largo de los siglos por los sucesivos pobladores de zonas en las que ya existían precedentes de contactos anteriores.

El comercio tuvo una importancia fundamental. En el área septentrional los mercaderes constituyeron durante esta época un grupo en alza, ya que debido a la misma naturaleza de sus actividades impulsaban y difundían los avances del grupo y, al mismo tiempo, aportaban otros propios de los lugares que visitaban.

Los contactos con la sierra septentrional están mucho más documentados. Se intercambiaban productos exclusivos de cada zona. La costa proporcionaba sal, conchas, pescado seco y algodón, mientras que de los valles serranos se obtenía la lana, la coca —de gran trascendencia a nivel mágico-religioso—, la obsidiana y, posiblemente, productos más exóticos procedentes del oriente.

Entre los diversos gremios de artesanos de Tumaco-Tolita destacan los ceramistas, quienes en figuras casi siempre de reducidas dimensiones, representaron la vida cotidiana y el entorno natural del grupo: las divinidades, los sacerdotes, los hombres, los oficios, la familia, la sexualidad, las enfermedades, la fauna, y, en menor grado, la vegetación. Buena parte se elaboraban probablemente para depositarlas en los templos como ex-votos. La mayoría están rotas, tal vez porque lo exigía un ritual específico, como sabemos que sucedía en otros pueblos.

Las abundantes cabecitas de este estilo muestran una notable variedad de tipos físicos. Las hay con rasgos asiáticos, otras con rasgos negroides, y también algunos rostros poseen unas líneas que podemos enmarcar perfectamente dentro del concepto occidental más clásico. Aquí la labor del alfarero alcanzó el grado de un auténtico retratista.

Es bastante frecuente la deformación craneana, que podía ser muy exagerada en algunos casos.

¹ La concha spondylus se encuentra desde la península de California hasta Manabí, generalmente ubicada en aguas muy profundas. Las costas manabitas presentan la ventaja de un habitat más superficial, que permitía una pesca con menos riesgo. Esta razón debió ser fundamental para que, desde muy antiguo, la spondylus se convirtiera en uno de los puntales económicos de la zona, ya que existía una fuerte demanda de la misma. Es una concha espinosa, con una franja de color variable entre el naranja y el morado oscuro, muy apreciada en toda la América prehispánica.



2. Cabeza antropomorfa con deformación craneana.

Los numerosos tipos humanos representados pueden confirmar la hipótesis de la Tolita como centro ceremonial y comercial de intensa actividad, al que se acudiría desde puntos muy alejados de toda la geografía prehispánica.

Las figuritas muestran la indumentaria propia del grupo. El vestido básico era sencillo: un taparrabo en forma de «T» para los hombres y una falda corta de corte rectangular para las mujeres. A partir de estas prendas, la ornamentación puede ser variadísima, muy compleja en según qué casos. Se cubrían la cabeza

con tocados, que muestran claramente la práctica de la deformación craneana. En las orejas lucían pendientes y orejeras, que podían ser anulares, múltiples, en forma de pinza, etc. Se adornaban la cara con clavos faciales y bezotes y del septum nasal pendían narigueras tan grandes que llegaban a cubrir la boca del personaje. Completaban el atuendo collares, pectorales, brazaletes, elaborados en una gran variedad de formas y en diferentes materiales: concha, hueso, cerámica, oro, platino, cobre...

La gente de Tumaco-Tolita acostumbraba también a pintarse el cuerpo con distintos motivos, para lo cual utilizaban unos sellos de barro, planos o cilíndricos, que pueden considerarse prácticamente exclusivos de mesoamérica y de la costa septentrional andina. Estos sellos se usaban también para el estampado de telas y de las cortezas de ciertos árboles, con las que se elaboraban faldas femeninas, como alternativa al algodón y a la lana. Los diseños de esta zona suelen ser exclusivamente de tipo geométrico y de una gran belleza plástica. (Fot. 3).

La pasta empleada en la cerámica es fina, con el grano pequeño y con numerosos puntitos brillantes debido a la mica que contiene el desengrasante. A veces las piezas se modelaban a mano, pero es más frecuente el uso del molde (Fot. 4): una vez obtenida la pieza base, se alisaba, se pulía y se le añadía la decoración, realizada casi siempre al pastillaje. Finalmente se pintaba con vivos colores: rojos, amarillos, verdes, blancos y negros.



3. Sello plano con diseño exciso.



4. Molde de una cabeza humana.

La cocción es buena y, en general, se llevaba a cabo en hornos de tipo reductor. Por esta razón y por la excesiva erosión de las superficies, los tonos son ahora terrosos y grises, muy alejados del aspecto policromo que tenían en su momento. El acabado podía ser también un engobado, a base de una capa fina y líquida del mismo barro con el que se había elaborado la pieza.

Religión

En Tumaco-Tolita la religión constituía el eje de la sociedad. Cada población debía poseer un pequeño templo, en el que se rendía culto a los dioses locales y los sacerdotes probablemente eran un grupo numeroso y muy influyente. El poder religioso y el político estarían en manos de un mismo individuo, que controla-

ría la forma como se desarrollaba el grupo desde una posición de privilegio. La élite dominante estaría ligada íntimamente a este cacique-sacerdote, probablemente por lazos de parentesco.

Alrededor de los edificios de culto se aglutinaban los hombres de todas las clases sociales. Cuando un centro conseguía sobresalir por la importancia de sus dioses o por la habilidad de sus sacerdotes, aseguraba la prosperidad y el bienestar de su entorno. Según los datos que poseemos actualmente, La Tolita habría sido un centro ceremonial de gran popularidad durante esta época. Como ya se ha señalado, gozaba de una especial situación geográfica, que fue determinante en su crecimiento inicial y en la fama de que gozó posteriormente. Junto a este factor jugaron un importantísimo papel el desarrollo de un comercio cada vez más activo y la fe generalizada en el poder de las divinidades locales, cuya influencia se extendía al mismo ritmo que sus mercancías.

Las máscaras podían representar a diferentes dioses, pero son mayoritarias las que simbolizan al felino, generalmente de rasgos muy acentuados y que manifiesta una cierta ferocidad. Las manos del sacerdote enmascarado se pueden convertir en garras, su cinturón en serpientes de apariencia móvil y el disfraz se puede extender al resto del cuerpo.

Durante la época del Desarrollo Regional se nota una importancia creciente de la música, ya que en los hallazgos arqueológicos se multiplican los instrumentos musicales. Las ceremonias religiosas debían acompañarse de ritmos y danzas rituales, del mismo modo como lo hicieron unos siglos después los grupos que encontraron los españoles y que describieron con todo detalle los cronistas de la conquista. La colección de Torredembarra tiene dos ejemplos interesantes, que desgraciadamente presentan una erosión muy acentuada, por lo que se han perdido casi todos los detalles.

Uno de ellos es un personaje que toca una flauta de forma cónica y de grandes dimensiones. El otro es un individuo con un gran tambor en forma de barril bajo el brazo izquierdo. Viste el taparrabo en forma de «T» característico del grupo, aunque más largo de lo habitual.

Además de estos dos casos que representan específicamente músicos, hay también una serie de silbatos y ocarinas, la mayoría con características ornitomorfos.

En ocasiones se representan unos personajes colocados en difíciles posturas, con los brazos y las piernas proyectados lateralmente y flexionados en ángulo recto. Su rostro se halla cubierto con una máscara o tiene rasgos felínicos, entre los que nunca faltan dos enormes pares de colmillos y una larga lengua trapezoidal que cuelga fuera de la boca. El torso va cruzado por una banda transversal, adornada de uno o más elementos de forma esférica en su parte media, tal vez representaciones de cabeza trofeo, ahora difíciles de definir por la excesiva erosión que presentan en general este tipo de piezas. Estas figurillas se han identificado como sacerdotes-danzantes o simplemente como danzantes. Es destacable el interés del certamista de captar el movimiento, hecho muy poco usual en el arte prehispánico (Fot. 5).

También relacionados con el aspecto religioso hay una serie de personajes



5. Representación de un sacerdote-danzante. Los rasgos del rostro son atigrados.

que llevan sobre el tocado o sobre la espalda una segunda figura que se conoce como «alter ego» (Fot. 6). Este tipo de representaciones es muy habitual también en otros grupos colombianos, como San Agustín o Calima, con quienes las gentes de Tumaco-Tolita podrían haber tenido una relación más o menos directa (Barney Cabrera: 1975, pg. 220). Se trata también de un rasgo muy típico del Formativo en el área central andina. Se le encuentra ya en Chavín, magníficamente representado en bajorrelieves y en esculturas, de los que es un excelente ejemplo la estela Raimondi. También se halla en Paracas, formando parte de los motivos iconográficos de los mantos funerarios. Como tantos otros elementos propios de este foco civilizador, se expanden hacia otras áreas geográficas y aparece periódicamente en grupos muy alejados física y temporalmente de su centro original.



6. Representación de un doble-yo.

Este segundo personaje se ha identificado como un símbolo de la divinidad, que en determinados momentos rituales invadiría o se haría presente en el cuerpo de uno de sus sacerdotes. Mediante este acto de posesión, la gente podía comunicarse con los dioses —y a la inversa— de forma muy directa; esto suponía, por una parte, sentimientos de seguridad al hallarse bajo la protección de unos dioses relativamente cercanos; por otra, aseguraba el poder de la casta sacerdotal, que era en definitiva la única capaz de llevar a buen término esta comunicación. Para ayudar al sacerdote a entrar en trance se debían emplear alucinógenos de diversos tipos. Hay constancia del uso de la coca en esta cultura y de que su uso se limitaba a los componentes de la élite.

Sobre la cabeza o el pecho de los sacerdotes son también frecuentes las cabezas-trofeo obtenidas de enemigos muertos en combate o sacrificados des-

pués de haber sido hecho prisioneros en los frecuentes encuentros contra los grupos aledaños, muy probablemente llevados a cabo con el fin principal de satisfacer necesidades de carácter ritual y religioso, ya que las premisas guerreras de este grupo no contemplaban la anexión de los territorios invadidos. Lo más frecuente era el sometimiento del grupo más débil o menos organizado a otro más poderoso, en una situación que podríamos llamar de vasallaje. Costanza di Capua (Sf., pg. 89) considera que en Tumaco-Tolita había prevalencia de una etnia que practicaba la deformación craneana fronto-occipital, y que ambicionaba dominar a una segunda etnia de la de la región, que no practicaba dicho tipo de deformación. El primer grupo aprovechaba las victorias sobre el segundo para abastecerse de cabezas trofeo para su culto (Capua: S.f., pg. 85). Según esta autora, las cabezas esféricas serían una auténtica réplica de las cabezas-trofeo:

«Generalmente tienen perforaciones craneales enmarcadas por moños o roscas de perfil diverso; estos, en algunos casos, se unen en la frente figurando mechones. Los ojos están perfectamente cerrados, y la boca da la impresión de un individuo sumido en un sueño mortal. El modelado de las mejillas es de aspecto hundido. La nariz es afilada y el tabique nasal está horadado» (Capua: S.f. pg. 89).

Parece que el rito de la decapitación se limitaba a los sacrificios de determinados individuos. En varias tumbas «se han hallado cráneos desprendidos o únicamente mandíbulas, sin otros vestigios óseos» (Barney Cabrera: 1975, pg. 241).

En esta colección hay una figura muy interesante relacionada con el tema que estamos tratando. Es la representación de un personaje femenino acéfalo, con un orificio triangular abierto en el torso, y una cabeza de estilo muy clásico colocada dentro de la cavidad (Fot. 7). Este tipo de figuritas se han relacionado con la posible existencia de antropofagia ritual (Rojas de Perdomo: 1985, pg. 311), pero creo más correcto incluirlas dentro de la tradición de la cabeza-trofeo, en este caso situada en un contexto ritual extremadamente sofisticado, que unificaría los conceptos de fertilidad relacionados habitualmente con la mujer, y los beneficios de fuerza y poder que emana de las cabezas trofeo de los guerreros sacrificados.

Combinando en cierto modo ambas opiniones, Barney Cabrera (1975, pg. 242) habla de «una cabeza-trofeo expuesta en una ventana ventral diseñada en triángulo, que es símbolo de la fertilidad y la confluencia de fuerzas vitales». Me parece muy interesante remarcar la coincidencia de las creencias del grupo Tumaco-Tolita hacia la fertilidad, es decir, la continuidad de la vida y la abundancia de recursos que la hacen posible, a pesar de encontrarse situados en una zona de reservas poco menos que inacabables. Veremos luego como, a partir de premisas distintas se llega a parecidas conclusiones en lo que se refiere al tan extendido culto al felino.

Los ritos de caza y elaboración de una cabeza-trofeo son muy complejos y están profundamente enraizados en el tiempo. Se trata de un elemento que se puede localizar en casi todos los grupos andinos importantes desde el formativo, aunque con variantes a medida que pasan los años. Efectivamente, los grupos serranos del área central andina presentan desde Sechín —tal vez el grupo de mayor antigüedad entre los que conocemos—, un culto elaborado alrededor de



7. Torso femenino relacionado con el culto a la cabeza-trofeo.

este elemento, que se encuentra representado de forma muy elemental en bajo-relieves de piedra, conteniendo ya los rasgos principales que van a sobrevivir a través de los distintos grupos y períodos.

En Sechín los ojos están generalmente cerrados. Este rasgo se afirmará luego, y se extenderá a todos los orificios de la cabeza, que se sellarán por medio de astillas de madera o de caña, o cosiéndolos con alguna fibra vegetal. Este paso se considerará indispensable para evitar que se escape el alma vengadora del sacrificado.

Otra característica de las cabezas-trofeo es que deben exhibirse ante el grupo, o al menos ante los iniciados a un determinado culto. En Sechín conservan un largo mechón de pelo, por donde el sacerdote las sostiene en alto. En Tumaco-Tolita presentan perforaciones en el cráneo, tal vez para pasar un cordel que permitiera llevar el trofeo colgado o colocarlo en el lugar visible.

Detalles emparentados con aquellas antiguas épocas se conocen actualmente a través del grupo shuar, ubicado en la región amazónica ecuatoriana, que todavía a principios de nuestro siglo llevaba a cabo ceremonias de caza y reducción de cabezas humanas.

El dios principal de Tumaco-Tolita, a juzgar por las numerosas representaciones que conservamos de él, era el felino. Este animal simbolizaba la agilidad, la fuerza, —que de alguna manera debía asociarse a la fecundidad y a la virilidad—, la astucia, la inteligencia... Era una divinidad capaz de proteger o de destruir. Tiene atributos que sugieren la aparición de nuevos seres —humanos, animales y vegetales—, y por tanto la continuidad de la vida. Pero obtener de él los beneficios positivos que representa implicaba algún tipo de aniquilación, es decir, tenía un precio. Las cabezas-trofeo sugieren sacrificios y guerras de probable origen religioso y nos muestran el dualismo vida-muerte presente en tantos pueblos de todo el mundo. Por otro lado, su culto es el más antiguo y difundido del área andina, de manera que con la afirmación de este ser como divinidad de Tumaco-Tolita no se hace más que continuar una vieja tradición.

También había otras divinidades con diferentes características cada una de ellas. La fauna y algunos fenómenos naturales eran considerados como ancestros totémicos de los diferentes clanes, a los que protegían e imprimían un carácter propio perfectamente definido. Por esta razón la fauna se representó en innumerables ocasiones, hasta el punto que es posible identificar prácticamente todas las especies propias de la zona en la producción de los alfareros Tumaco-Tolita (Fot. 8).

Es evidente que creían en la existencia de otra vida después de la muerte. Los entierros de los difuntos se realizaban en las tolas, pequeños montículos de tierra apisonada o de adobes. Se les acompañaba de sus pertenencias, seguramente porque la vida del más allá no se concebía de manera muy diferente a la terrena. Los individuos aportaban a través de sus ajuares funerarios pruebas de la categoría social de que gozaban en vida; se les rodeaba de algunas vasijas de cerámica que contenían provisiones y bebida, que en según qué casos eran renovadas periódicamente por los criados o los familiares del difunto.

Con este grupo aparece la tumba en forma de pozo con bolsón lateral, que de alguna manera está vinculada a mesoamérica.

Consideraciones sobre las influencias externas

Cuando Max Uhle formuló su teoría sobre la procedencia mesoamericana de la cultura Tumaco-Tolita, tenía buena parte de razón. No podemos descartar las múltiples evidencias de un contacto entre ambas zonas geográficas, aunque la



8. Ejemplo de la representación escultórica de la fauna local. Búho.

verdadera historia todavía queda muy alejada de nuestros conocimientos actuales.

Desde la posibilidad de que la élite dominante de Tumaco-Tolita procediese del bloque norte, hasta la de una fuerte influencia religioso-ideológica a través de intercambios de tipo comercial, hay una enorme gama de posibilidades.

De momento, hay rasgos de clara procedencia mesoamericana, como el culto al viejo dios del fuego mexicano, Huehuetl, que en esta zona se relaciona fuertemente con el felino y que en ocasiones luce un incensario a modo de tocado (Arte Ecuatoriano vol. I: 1976, pg. 174). Las formas y las decoraciones de las figu-

ritas de barro presentan también grandes similitudes y, asimismo, la gran abundancia de sellos en la costa septentrional andina podría deberse a la frecuencia de contactos mutuos.

A la inversa, hay pruebas del paso de los hombres andinos en la costa occidental de México, a donde llevaron sus conocimientos metalúrgicos. Parece que la orfebrería mesoamericana floreció en esta zona al entrar en contacto con la tecnología andina del metal, que se hallaba en una fase mucho más adelantada, y de allí se difundió hacia otros puntos del territorio mesoamericano. Ambas zonas tiene también en común el uso de tumbas de pozo con bolsón lateral.

Pero, si bien es importante señalar la evidencia de los contactos con otra área cultural americana, y la posibilidad de migraciones humanas, también lo es no olvidar que nos encontramos ante hechos culturales que no son nuevos en el área andina. Recordemos que durante el Formativo, la cultura Chorrera había ocupado esta región y que mantenía contactos con Chavín. Y que, de manera indirecta, esta herencia cultural andina podía haber llegado muy fácilmente a La Tolita, gracias a las relaciones de este grupo con Bahía, cultura situada al sur de la provincia de Manabí y tal vez la más clara sucesora de Chorrera. Podemos afirmar, sin ninguna duda, que existía una tradición en la zona, a la cual no eran extraños los felinos, las aves de presa, ni las mismas cabezas-trofeo.

Se puede considerar la zona Tumaco-Tolita como un lugar de convergencia para influencias procedentes de los dos núcleos culturales prehispánicos: me-soamérica y los Andes, si bien con los actuales conocimientos no es posible determinar la incidencia real de cada foco de origen.

El área Tumaco-Tolita. Colonia y actualidad

Los vestigios arqueológicos indican que la importancia que ostentó culturalmente esta región durante el período clásico, no continuó en el período de Integración. A pesar de las descripciones de los cronistas acerca de poblados organizados y de las ricas joyas con que se adornaban sus moradores, parece que las sociedades más avanzadas de la costa norte en el momento de la conquista se hallaban situadas en la parte más meridional; los manteño-huancavilca incluso habían establecido colonias en la zona esmeraldeña para explotar algunos de sus productos.

La creencia generalizada era, sin embargo, que se trataba de una zona rica en oro y en minas de esmeraldas, lo que constituía un gran incentivo para los conquistadores; pero aún así Esmeraldas se convirtió desde los inicios de la conquista en una zona aislada y problemática, situación que ha seguido hasta nuestros días, a pesar de algunos intentos de cambio que nunca tuvieron continuidad.

Toda la zona, que había sido de gran trascendencia cultural antes de la llegada de los españoles, quedó en un estado de abandono casi total durante el período colonial. Las causas que se conjugaron fueron muchas y de muy distinta naturaleza.

Pizarro efectuó sus primeros contactos con la tierra sudamericana en el terri-

torio que antiguamente había ocupado el grupo Tumaco-Tolita, y no con demasiada fortuna. Las primeras tentativas fueron conflictivas e infructuosas debido a la pobreza de los descubrimientos efectuados y a la agresividad de los aborígenes, factores que condujeron a la desgraciada situación de Pizarro y sus hombres en la isla del Gallo. Sólomente empezaron a encontrar razones favorables a su empresa a partir de Atacames, cuando la naturaleza de la costa se vuelve menos dura para los españoles, nada acostumbrados al clima húmedo y caluroso, y al terreno, absolutamente inadecuado para caminar o pasar a caballo:

«Estaban los españoles tan flacos y tan desesperados en aquellos manglares y se sentían tan a menos con los naturales de allí... que se fueron después a Catamez (Atacames), tierra sin manglares, de mucho maíz y comida, que restauró a muchos la vida y alegró a todos, porque los de allí llevaban sembradas las caras de muchos clavos de oro, pues se las horadaban por muchos lugares y meten un clavo o grano de oro por cada agujero, y muchos meten turquesas y finas esmeraldas» (López de Gomara, en Rojas de Perdomo: 1975, pg. 301).

Las dificultades fueron tantas que debieron convertirse en frecuente tema de conversación entre soldados, quienes tuvieron experiencias menos penosas hacia el sur y dejaron esta región al margen de sus intereses. Girolamo Benzoni, viajero italiano que anduvo por la zona pocos años después, menciona también este tema:

«Los españoles no han logrado nunca dominar este país, por ser muy pantanoso, lo que imposibilita penetrar en él con los caballos. Sin embargo, cuando Pascual de Andagoya se encontraba en la Bahía de Sant Matheo, fue recorriendo esta provincia con ciento cincuenta hombres que llevaban consigo unas tablas para cobijarse, pues los indios siempre que podían se defendían con piedras y lanzas, con marmitas de agua hirviendo y muchas otras cosas, que arrojaban desde lo alto a los españoles cuando estaban cortando los árboles con buenas hachas...» (Benzoni, [1547-1550], 1985: pg. 107).

Las mismas particularidades geográficas de que hemos hablado como fundamentales para el desarrollo de esta región en la época prehispánica, se convirtieron durante la colonia en causas de aislamiento.

Por un lado, el cambio que sufrió el concepto organizativo exigía otro tipo de comunicaciones con los centros de poder. Quito quedaba alejado de la costa norte por quilómetros de selvas impenetrables, y por corrientes fluviales que descendían entre violentos cambios de nivel. Los pasos que se habían mantenido como caminos abiertos entre los grupos serranos y costeros, se convirtieron en laberintos intransitables cuando se trató de dar paso a los caballos y a los carros, medio de transporte más frecuente entre los españoles.

Al principio, fueron los mismos hombres que poblaban la región quienes evitaban con su conducta independiente y belicosa que una zona, en principio poseedora de los elementos necesarios para asegurar un puesto importante dentro del desarrollo económico de un país, llegaría siquiera a convertirse en un baza económica digna de tenerse en cuenta. En los últimos años del siglo XVI se perdería la oportunidad de entrar en la vida del país por la puerta grande. Cuando más tarde se planteó la posibilidad de una vía abierta entre Esmeraldas e Ibarra,

pesaron mucho los aspectos negativos, sobre todo porque por entonces ya existía otro camino.

La construcción de esta vía suponía además esfuerzos continuos. En primer lugar las dificultades naturales del terreno eran enormes. En segundo, no bastaba con elegir y construir la vía, sino que ésta precisaba de un mantenimiento constante para que no fuera engullida por la vegetación, siempre en expansión.

Como complemento a esta comunicación terrestre se planteó la construcción de un puerto, lo cual era factible desde todos los puntos de vista, dadas las características de esta geografía. Además, aportaba la ventaja adicional de una mayor proximidad a Panamá, desde donde partían la mayoría de los navíos con mercancías para el Pacífico Sur.

Intereses muy poderosos pospusieron una y otra vez estos proyectos, o los inutilizaron después de que algunos hombres del país realizaran esfuerzos enormes para llevarlos a cabo. Más al sur, otra ciudad había tomado las riendas económicas desde los primeros años coloniales. En Guayaquil se había establecido una próspera comunidad de comerciantes y hombres de negocios, que se beneficiaban del privilegio de ser el primer gran puerto del Pacífico Sur. En los astilleros se fabricaban navíos para toda la costa, aprovechando la variedad de especies madereras que pueblan los bosques subtropicales del Guayas. Cualquier envío procedente de Europa o de las Indias, llegaba a este puerto.

Los principales de esta ciudad se opusieron de manera absoluta al proyecto de Esmeraldas, usando toda su enorme influencia para seguir con su puesto de puerto y astillero más importante de la costa septentrional durante la colonia.

Actualmente la población blanca de la zona es prácticamente nula, y sus habitantes son indios y negros que no mantienen muchos contactos entre sí, siguiendo un conflicto iniciado entre ellos en el siglo XVI.

En los bosques interiores y a lo largo de los ríos viven los indios cuiquier (Colombia) y los cayapas (Ecuador). Tienen en común la lengua, una de las más antiguas conservadas y habladas en la actualidad que no está emparentada con el quichua.

Ambas comunidades costeñas utilizan diseños decorativos de origen prehispánico y también algunas técnicas, como la cestería y la talla de pequeñas esculturas de madera. Son muy hábiles en la fabricación de canoas, que obtienen vaciando grandes troncos de árboles mediante el fuego y herramientas muy primitivas. Estas canoas son muy apreciadas por sus excelentes condiciones de navegación en toda la costa meridional, incluso hasta Lima (Arte Ecuatoriano, vol I: 1976, pg. 102).

Se cuenta que los cayapas llegaron a esta zona imponiéndose un autodestierro, cuando procedentes de la sierra norte del actual Ecuador y cargados con el oro que se había pedido desde Cajamarca para rescatar a Atahualpa, se enteraron de que el Inca había sido asesinado por Pizarro y sus hombres. Obedeciendo el consejo de sus brujos y guiados por un enorme tigre enviado por los dioses, abandonaron su tierra de origen y bajaron la cordillera occidental, estableciéndose en el territorio bañado por el sistema hidrográfico del río Santiago, después de imponerse por la fuerza a sus antiguos habitantes. Cuenta la tradición que es-

condieron el oro y juraron no hacer nunca más nada relacionado con este metal (Ortiz Estupiñán, en Estupiñán: 1977, pg. 39-40).

La población negra ocupa la zona más próxima a la costa. En el sur descien- de sobre todo de los esclavos supervivientes de un naufragio acaecido ante las costas de Esmeraldas en octubre de 1553 (Estupiñán: 1977, pg. 54). En el norte, de esclavos dedicados al trabajo de las minas, muchos de los cuales parece que pudieron comprar su libertad con el oro precolombino que obtenían lavando aguas de los ríos durante sus ratos libres (Barney Cabrera: 1976, pg. 215).

Actualmente, la mayoría de los negros se ocupa en las haciendas ganaderas de la zona, que suelen pertenecer a personas ajenas a ella. Durante la primera etapa colonial estuvieron organizados y llegaron a dominar la zona por completo, hasta el punto que los españoles desesperaron de conseguir su dominio por la fuerza y llegaron a pactar con su jefe, el negro Illescas, para que permitiera la presencia de evangelizadores en su territorio, a través de los cuales contaban poder vencer la belicosidad de los pobladores con más efectividad que por las armas.

Sin embargo, la región no salió de su aislamiento, a pesar de convertirse al cristianismo la mayor parte de su población, siguiendo el ejemplo del jefe negro Illescas. Jorge Juan y Antonio de Ulloa describieron perfectamente la situación en que se encontraba en 1748:

«El país que comprende esta jurisdicción ha sido inculto; y si no enteramente, al menos en la mayor parte desconocido; porque desde que se hizo su conquista por Sebastián de Belalcazar no se procuró adelantar en la población, ya porque los españoles se ocuparon en otras conquistas y éstas les hicieron descuidar las anteriores... Y aunque de Quito se tenía cuidado de embiar curas que suministrasen el pasto espiritual a los indios, sus habitantes, no así de dar a los países aquella cultura que se estableció en los demás donde se hallaban los españoles avicinados; por esto sus gentes permanecían, aunque christianos, en una rusticidad cual se puede concebir de faltarles el trato racional y carecer de todo comercio que pudiera civilizarlos, siendo el único que tenían el de salir tal o cual indio de la espesura de sus bosques y pasar a Quito, llevando el ají, el achiote y algunas frutas que vender en aquella ciudad, allí parecían llenos de admiración al reconocer el concurso en población tan desmesurada a correspondencia con sus limitadas ideas...» (Juan y Ulloa, [1748], 1978: pg. 472-473).

Grupos muy reducidos trabajan hoy en la minería y metalúrgia a nivel individual, y un sector todavía menos numeroso se dedica a la orfebrería artesanal. Las técnicas para extraer metal las aprendieron sus antepasados de los indios prehispánicos, y son de origen precolombino (Nina S. de Friedmann, en Barney Cabrera: 1975, pg. 215).

* * *

No se pretende con este esbozo de lo que fue el contacto y la colonia, dar una visión completa de la situación y de la problemática que se plantearon en la zona, sino apuntar superficialmente una serie de situaciones que en si mismas dan pie a un estudio mucho más amplio.

Me parece interesante también constatar la pervivencia de algunos rasgos culturales andinos, en ciertos casos curiosamente a través de una etnia ajena por

completo al proceso prehispánico, como por ejemplo los referentes a los trabajos de orfebrería realizados con técnicas antiguas, que se han mantenido hasta hoy porque fueron aprendidos por los negros. Vemos también las explicaciones que se dan popularmente a este tipo de fenómenos: los indios, heridos profundamente por la traición cometida por los españoles con la muerte de Atahualpa, juran no trabajar nunca más el oro, metal tan ambicionado por los españoles como para causar la ruina del Imperio, aunque tal vez la realidad sea más que nada una postura práctica para evitar en lo posible el trabajo en las minas.

Y ya que señalamos rasgos antiguos, tenemos una hermosa imagen del tigre —el felino— guiando a un grupo fuera de su territorio original por medio de los brujos. Estas antiguas creencias no se han borrado del espíritu de los hombres de hoy. Los felinos, los caimanes, las serpientes, pueblan el mundo real y tienen vida propia a través de los brujos y sus ritos. También pueblan el mundo mágico de autores como Aguilera Malta o García Márquez. Y cada escrito, cada costumbre, tiene todavía muchas lecturas ocultas.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTE PRECOLOMBINO DEL ECUADOR. Tomo I.
1976 Editorial Salvat Ecuatoriana. Barcelona-Quito.
- BARNEY-CABRERA, E.
1975 Tumaco, escultura en arcilla. En : Arte de Colombia. Editorial Salvat Colombiana. Barcelona-Bogotá.
- BENZONI, Girolamo [1547-1550].
1985 Historia del Nuevo Mundo. Publicaciones del Museo del Banco Central del Ecuador. Guayaquil.
- CAPUA, Constanza di
S. f. Las «cabezas trofeo», un rasgo cultural en la cerámica de «La Tolita» y de «Jama Coaque». Quito.
- ESTUPIÑAN, Julio.
1977 Historia de Esmeraldas. Ed. Gregorio. Puertoviejo (Ecuador).
- JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de [1748].
1978 Relación histórica del viaje a la América Meridional. 2 tomos. Fundación Universitaria Española. Madrid.
- ONOFROY DE THORON, Henry [1862].
1983 América ecuatorial. Primera parte. Editorial Gallo capitán, Colección Ecuador. Testimonios de Autores Extranjeros. Otavalo.
- ROJAS DE PERDOMO, Lucía.
1985 Manual de arqueología colombiana. Carlos Valencia Editores. 2ª edición. Bogotá.
- UHLE, Max.
1927 Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas. Tirada aparte de los «Anales de la Universidad Central», Tomo XXXVIII, nº 259. Imprenta de la Universidad Central. Quito.
- JEREZ, Francisco [1534].
1985 Verdadera relación de la conquista del Perú. Historia 16. Colección Crónicas de América nº 14. Madrid.